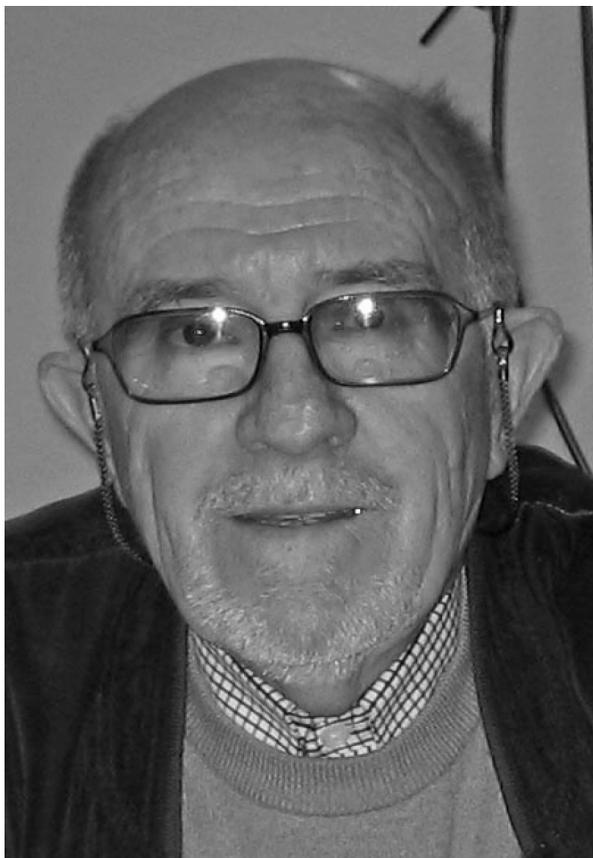


IN MEMORIAM: LEÓN ESTEBAN MATEO
PASIÓN POR LA HISTORIA, HISTORIA DE UNA PASIÓN



León Esteban Mateo (Teruel, 29 de enero de 1937) falleció en Valencia el viernes 16 de septiembre de 2016. Una vida entregada a la investigación histórico-educativa y a la docencia universitaria: pasión por la Historia e historia de una pasión; estas son las señas de identidad, en mi parco entender, desde las que debe construirse el análisis reflexivo de la vida y la obra del catedrático jubilado de Historia de la Educación de la Universitat de València: su entrega absoluta, sin ambages, a las exigencias metodológicas de la ciencia histórica («pasión por la Historia») y la admiración literaria del apasionado que quiere y siente como propio el objeto de su trabajo («historia de una pasión»). Y si fuera posible plasmar en estas breves líneas la complejidad de su acusada personalidad intelectual, cabría añadir dos vectores más que explican el sentido direccional de su afición vehemente: la emotiva sensibilidad por todo lo referente a sus raíces turolenses, muy a pesar del «destierro mediterráneo» en el que ha desenvuelto su vida, lejos del cobijo mudéjar de la ciudad que le vio nacer, y –por otro lado– el amor desmedido, sin límites, al magisterio universitario y la ciencia pedagógica como dedicación central de su dilatada trayectoria profesional.

Dos lógicas, como vemos, se presentan entremezcladas en esta apretada semblanza: «la del intelecto», de la razón, y «la del afecto», del corazón; *ratio* y *afectio*, que diría el maestro. Cierta es nuestra intención de caminar por un maridaje sinérgico de ambas, pero debe disculpar el lector las seguras deficiencias y escasez de competencia en la primera, así como la abundancia emotiva de la segunda. El estrecho contacto personal, el cariño y admiración cultivada durante muchos años, así como los momentos de vida compartidos, nos provocan –exigen, diría yo– dar rienda suelta a la predisposición natural hacia los derroteros del sentimiento. No esperen encontrar, por tanto, un currículum exhaustivo o un repaso pormenorizado de la vasta trayectoria profesional del Dr. Esteban Mateo; alimenten, por el contrario, la excusa para el recuerdo emocionado de León: un reconocimiento como historiador de la cultura y la educación, maestro de la ciencia pedagógica y activo militante del sentir turoense.

Estamos ante un defensor del rigor metodológico en la construcción científica de la Historia; un hombre de archivo, con una extensa e inusual cultura, que encuentra su hábitat natural rodeado de manuscritos, protocolos y huellas del pasado, siempre con un gusto especial por los materiales inéditos, a los que interroga de forma hermenéutica; un convencido de la exigencia férrea en la disciplina de los modos historiográficos y en la búsqueda de una explicación holística del pasado y su cultura, no exenta de la incorporación de matices y renovados paradigmas propios del postmodernismo conceptual de principios de nuestra centuria actual, donde texto y contexto se funden en un todo sinérgico, que alejan el discurso de la mera erudición descriptiva para abrazar una lúcida y vertebrada comprensión de los hechos. No ha de extrañar el reconocimiento de afamados historiadores valencianos como A. Mestre, San Valero, M. Pesset o López Piñero, al poner en valor la perspectiva educativa en el marco de la historia general o a la altura de otras historias sectoriales.

Si sus primeros trabajos de la década de los 70, sobre el movimiento krausista y la Institución Libre de Enseñanza, en su vertiente valenciana (*La Institución Libre de Enseñanza en Valencia*, 1974 o *El Krausismo, la Institución Libre de Enseñanza y Valencia*, 1990, por citar algunos), temática que no abandonará durante todos sus años de investigador, reflejan ya las afirmaciones antes vertidas, trabajos posteriores, fechados en los 90 y primeros años del presente siglo, sobre el Humanismo Renacentista (*Filología y humanismo en la universidad española del siglo xv y mediados del xvi*, 1991, en el homenaje a Ricardo Marín, uno de sus maestros más queridos, junto a Raquel Payá; *Coret y Peris o el humanismo filológico y docente*, 1996; *Cultura y prehumanismo en la curia pontificia del Papa Luna*, 2002, o, el más reciente, *La educación en el Renacimiento*, 2002, texto publicado en la editorial Síntesis), expresan, con tintes de excelencia, su pasión por la Historia y su rigor metodológico en la investigación.

En esta última línea de trabajo, no podemos soslayar sus estudios sobre el más ilustre de los humanistas valencianos, Luis Vives. Firmó, como director, el proyecto-edición de las obras de *De Disciplinis*, *De Institutione Feminae Christianae* y *De Officio Mariti*, por encargo del Excmo. Ayuntamiento de Valencia, en el marco de la edición crítica de la *Obra Completa* de Vives, con motivo del V Centenario de su nacimiento, en 1992; además, divulgó la figura del ilustre valenciano y su vertiente pedagógica en trabajos como *La escuela de primeras letras según Juan Luis Vives: estudio, iconografía y textos*, 1993, que tuve el placentero aprendizaje de compartir con él. En ese mismo año, pronunció la lección inaugural, *Vives intelectual y el intelectual en Vives*, en la solemne apertura del curso académico 1992-93 de la Universitat de València. Quizás fue este profundo conocimiento de la obra de nuestro Humanista Universal y la confesada admiración por su obra, el hecho

de que impregnara su personalidad, de forma identitaria, el triple objetivo de la formación vivesiana: *bene sapere, bene dicere y bene vivere*. Y eso fue nuestro compañero León: un hombre de buen saber, de una elegante erudición, tanto verbal como escrita, pero, sobre todo, una persona capaz de practicar, contra viento y marea, «el bien vivir», es decir, el sentido ético de que uno vive de acuerdo a lo que dice y piensa; nobleza (aragonesa) obliga.

Esta capacidad de ósmosis o de penetración del ideario de los intelectuales y figuras históricas estudiadas en la personalidad propia resulta muy acusada en el caso de León. No sólo la comentada máxima vivesiana formó parte de su identidad personal, sino que estoy convencido de que el profundo amor profesado a la naturaleza (la pesca, los bosques, el mar, el aire fresco...) no es más que un homenaje inconsciente a la imbricación del hombre con la naturaleza defendida por la filosofía krausista. Su libro *Paisajes con alma o el hombre ante la naturaleza* (2004), muy poco conocido, dedicado a rememorar una serie de escenarios de vida (el paisaje que se construye) desde la reflexión interna de la conciencia del ser, es un buen reflejo de lo abigarrado de su conocimiento de la cultura humanista y, sobre todo, de su cuidado y buen hacer literario.

Los estudios sobre la dimensión histórica de la institución escolar ha sido otra de sus líneas de trabajo más fecundas; un elemento más del brillante legado de su abultada herencia intelectual. Pionero en el convencimiento de que la comprensión del hecho educativo y/o escolar exige el conocimiento de los escenarios políticos, religiosos, económicos, sociológicos y, aun, culturales, donde encuentra su sentido y significado real, fue capaz de sembrar la semilla de la línea investigadora del conocimiento histórico de la escuela, así como su dimensión docente. Si bien es cierto que la historia de las instituciones educativas, junto al pensamiento pedagógico y el análisis de la política legislativa, han conformado el triple pilar de contenidos tradicionales o categorías temáticas de la Historia de la Pedagogía, tanto en su vertiente investigadora, como contenido disciplinar en la formación de maestros, no lo es menos que el prof. Esteban contribuyó de manera decisiva a consolidar el ámbito investigador de la historia de la escuela e inició el camino para su integración en el diseño formador de competencias profesionales de los docentes no universitarios.

En la primera perspectiva, la investigadora, tomando como base los cimientos de Cossío (*La enseñanza primaria en España, 1897 y 1915*) y Luzuriaga (*Documentos para la Historia Escolar de España, 1916-17*), por no citar referentes más lejanos como Gil de Zárate, Sánchez de la Campa o Bartolomé Polo, entre otros, editó toda una serie de trabajos, no exentos de la influencia de las corrientes renovadoras de la segunda mitad del siglo xx, culminados con la publicación de *Historia de la Enseñanza y de la Escuela* (1994), que tuvo el honor de compartir, y la coordinación del número monográfico de la Revista *Historia de la Educación* (16, 1997), bajo el título de *Historia de la Escuela*. Por lo que respecta a la docencia, impulsó la materia optativa de «Historia de la Escuela» en la reforma de los estudios de la Licenciatura de Pedagogía de la Universidad de Valencia (RD 915/1992), iniciando un camino consolidado por la inclusión, ya con las nuevas titulaciones del Proceso de Bolonia y la actual construcción del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), de una asignatura obligatoria en los Grados de Maestro en Educación Infantil y en Educación Primaria, impartidos en la Facultad de Magisterio de nuestra Universidad.

El objeto de su pasión, más allá de su familia cercana, no fue otro que la enseñanza y el amor por la tierra turolense. Maestro por oposición de 1960 a 1968, Profesor Adjunto Numerario en la Universidad de 1975 a 1978, Profesor Agregado Numerario de 1979 a 1980 y Catedrático de la Universitat de València de 1980 a 2007; impartió clases, además



de las universitarias, en instituciones diversas, como la Escuela de Magisterio, la Universidad Politécnica de Valencia y la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos. En toda esta trayectoria destacó no sólo por sus capacidades docentes y habilidades innovadoras en sus propuestas didácticas, sino por una entregada vocación a la enseñanza, siempre atenta y centrada en el estudiante. Este magisterio, con más de una treintena de tesis doctorales dirigidas, le llevó a ser el impulsor de un grupo de docentes e investigadores de la Historia de la Educación, en el departamento de Educación Comparada e Historia de la Educación de la Universitat de València, entre los que afortunadamente me encuentro.

Otro de los elementos conformadores de su identidad profesional y personal, que completan el escenario de la «historia de una pasión», es su Teruel natal y el desvelo constante, tozudo en terminología aragonesa, por rescatar y difundir la riqueza de su cultura. Sus últimos años investigadores, incluidos algunos de su jubilación, fueron especialmente laboriosos en esta dirección. Pruebas de ello encontramos en la *Historia de Aliaga y su encomienda sanjuanista*, publicado por el Ayuntamiento de esta localidad (1989), donde ejerció como maestro de educación primaria; la edición y estudio del texto de Isidoro de Antillón y Marzo, *Noticias históricas de don Gaspar Melchor de Jovellanos*, editado por la Universidad de Valencia en 1996; *Obispos nacidos en Teruel y provincia (s. XIII-XXI)*, 2010; o, a fuerza de excedernos en las referencias, su última publicación, *Conventos desaparecidos en Teruel capital (siglos XIII-XIX)*, en el que hace gala –una vez más– de un profundo dominio de archivos nacionales e internacionales y que viene a resumir, en un todo vertebrado, la diversidad identitaria que hemos tratado de esbozar en su perfil profesional.

Estoy convencido, y así lo hago, de que «mi» (nuestro) León desearía cerrar esta invitación para su memoria con uno de sus sueños inacabados: la creación institucional, a modo de lo existente ya en otras Comunidades Autónomas y Universidades, de una Biblioteca-Museo Escolar. La obsesión por la memoria histórica de la escuela y la recuperación de su patrimonio, como algo vivo, susceptible de ser utilizado a modo de recurso formativo, le acompañó a lo largo de toda su trayectoria profesional y, sin duda, vital: ¿qué otra explicación tendría su fisgoneo constante por las librerías de viejo y los paseos dominicales por el rastro, recopilando toda clase de libros y enseres escolares?... Y digo inacabado, toda vez que el proyecto de Museo Escolar, como una de las dependencias del Museo de la Infancia que, en un momento determinado, las autoridades públicas manejaron impulsar en el incomparable marco de la Torre del Virrey de La Eliana (Valencia), no pasó del deseo o de los inextricables espacios de la política valenciana de la época. Frustrado quedó el sello institucional a una colección de más de 6.000 libros escolares y cientos de objetos de escenarios de la enseñanza de diversas épocas históricas.

Honrar su memoria, si me lo permiten, no sólo es reconocer su legado intelectual en el campo docente e investigador de la Historia de la Educación, sino recoger el testigo y trabajar por hacer realidad el sueño de un ilustre maestro, estrecho compañero y fiel servidor de la amistad. Descansa en paz Dr. Esteban Mateo, siempre con nosotros, querido León.

RAMÓN LÓPEZ MARTÍN
Universitat de València